

Páginas Autobiográficas

De Carlos Droguett

Por Manuel Salvat Monguillot

Todos los escritores dejan rastros de su vida en lo que escriben. Carlos Droguett, además, ha explicado el porqué de su vocación de escribir en relatos como *El cementerio de los elefantes*, *Patas de perro*, o directamente en *Materiales de construcción*, o *Escrito en el aire*, aunque este último se refiere a su viaje a España y resto de Europa con motivo de recibir el premio Alfaguara. Circunstancias familiares como la muerte de su madre, la posterior vida junto con su padre, sus hermanos, la tía Concepción, las enfermedades, todo esto forma un acervo que va plasmando su carácter. Luego, distingue su paso por el Liceo San Agustín y los asesinatos del Seguro Obrero; por lo menos él destaca estas circunstancias como importantes: "Mis años como alumno del colegio de San Agustín fueron inolvidables para mí y los miro como si ayer no más, el jueves o el sábado, hubiera abandonado las aulas". Lo del Seguro Obrero quedó para siempre fijado en Sesenta muertos en la escalera, que en su segunda edición se llamó *Los asesinados del Seguro Obrero*.

Del tiempo del San Agustín fui, efectivamente, testigo. Y lo digo de esta manera porque en varias oportunidades me nombraba como su compañero de clases. Cuenta Droguett que estaba en un ambiente que lo rechazaba. En este punto puedo explicar algo: Droguett no era en el colegio ni pusilánime ni genitlero, era más bien arisco, áspero, sobre todo con los profesores. Pienso en monsieur Boschet; en una ocasión, este excelente profesor de francés nos fijó como día para dar una prueba el martes siguiente. Droguett indicó y, levantándose de su asiento, dijo: "El martes no podrá ser señor", el profesor "¿por qué?" y Droguett —"Porque el martes va a caer en domingo".

No quería entonces al padre Escudero, que no apreciaba sus dotes poéticas o narrativas. Porque Droguett escribía poemas en clase, tal como Correa o Vallejos se dedicaban al dibujo. El padre Escudero tenía afición por dos géneros apostados de alumnos: los deportistas y los aficionados a los libros y a escribir composiciones con tema impuesto, como las vacaciones, por ejemplo. Droguett no era ni lo uno ni lo otro. Pero después fueron amigos y muy amigos, como se lee en *Patas de perro* o en *Alfonso M. Escudero como persona y como personaje*. Pero antes, en esos duros años de colegio, todo era distinto. La descripción del novelista de la entrada al colegio un primer viernes de mes, es notable: "Entramos, un vestíbulo helado, demasiado amplio, resonante y solo, por el cual circulaba un ancho poderoso viento, pasadizo que se internaba hacia la lejanía, tal vez hacia otros países, seguramente hacia principios de siglo, tornaba un viento suave, de sacristía, me acariciaba las piernas, me cogía socarrón el sombrero, se vertía un limpio olor a santos y un olor agradable empujaba las narices, una vaharada de

chocolate que empujaba por los patios, estábamos sentados en la salita cuando entró el padre Escudero, tajante, como despeinado, como aburrido, directamente enojado, si, no le caía en gracia yo..."

Droguett escribía poemas: le preocupaba por qué se enfriaba la sopa. Tenía yo uno de estos poemas y lo guardaba escrito por su propia letra: un día me lo vino a buscar a la oficina. Pero me queda otro, que es una elegía del plato de sopa: "Yo quiero tener una cara/ en el espejo madre/ en la sopa del espejo también hay una cara/ podrá decirte nadie/ que va a ser de tu hijo con dos caras". Estos últimos versos de la elegía —escritos en 1928 ó 29— pueden ser una primicia.

Otra cosa que le impresionó vivamente a Droguett en el colegio fue la aventura del orangután diseccionado. Esta aventura, en la que ni él ni yo tomamos parte y por la cual fuimos condenados igual a besar al mono, se desarrolló más o menos así: el padre Rolando, admirador de Bach y Mozart, autor del himno del colegio, era también profesor de Ciencias Naturales, clase que impartía en el gabinete correspondiente. Un día, no sé si por achaques musicales, nos dejó solos, lo que aprovechó, creó que Rojas, para teatralizar al padre, sentando en el pupitre al esqueleto al que se agregó un puchito. Pero al afinar el cuadro se le ocurrió a Rojas sacar un huevo de avestruz, el mismo que se quebró en mil pedacitos en los momentos precisos en que volvía el padre Rolando. El castigo consistió en besar al mono, pena que cumplamos obligados por los ángeles bajo la atenta mirada de Rolando.

De sus páginas autobiográficas aparecen sus lecturas iniciales. Sin leerías no habría yo creído jamás que Carlos Droguett hubiera necesitado guía en este aspecto. Si bien repite por varias páginas que Escudero le dio a leer *Leyendas de Cristo*, de Selma Lagerlöf, en otras confiesa haber leído a Dumas, a Poe, a Pareda —que no le gustó— y otros autores.

La poesía que practicaba Droguett no le interesaba al padre Escudero ni tampoco a Mariano Latorre, que era el examinador de castellano: los genios prematuros son rechazados. Sólo después, cuando ha pasado mucho tiempo, cuando, como en el caso de Droguett, se obtiene el Premio Nacional de Literatura o el premio Alfaguara, en España, entonces sí que los maestros —si están vivos—, después de haber hecho sufrir lo indecible por su incompreensión a seres quebradizos, arrogantes dentro de su temor, se convencerán, tal vez, de que el tratamiento de estos alumnos fue inadecuado.

Pero Escudero no supo de las distinciones, porque murió antes. Sólo se alcanzó a dar cuenta de que aquellos a quienes dio los primeros premios en castellano no escribieron después nada notable.

Páginas autobiográficas de Carlos Droguett [artículo] Manuel Salvat Monguillot.

Libros y documentos

AUTORÍA

Salvat Monguillot, Manuel, 1913-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1978

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Páginas autobiográficas de Carlos Droguett [artículo] Manuel Salvat Monguillot.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile